

La paz es un asunto de memoria: complejidades de la barbarie.

Peace is a matter of memory: the complexities of barbarism.

Por: José Alonso Andrade Salazar¹

La violencia-barbarie acaecida en el marco del conflicto armado colombiano, constituye una de las experiencias más trágicas del siglo XX. Es así que el número de muertos, las notables y a menudo “creativas” prácticas de maldad, además, de la impunidad y estructuración de colectividades terroristas, y un sinfín de actos de lesa humanidad, dan cuenta de ello.

Estas acciones pueden considerarse catastróficas desde el punto de vista del número de familias, muertos, comunidades, y ecosistemas afectados, sin embargo, también abren paso a una oportunidad tras la tormenta: la construcción conjunta de acciones de reivindicación del humanismo, es decir, el paso de la terrorización del conflicto, hacia su humanización conjunta.

Así, lo que se entiende por “proceso de paz y por paz” puede tomarse como un camino del que pueden emerger derivas y contradicciones, a más de resistencias y negativas de acople- y que se abre paso entre la

intencionalidad monopolítica, los delirios de protagonismo, las necesidades de reconocimiento político o los intereses económico-materiales.

Para ello es preciso reconocer que la violencia en Colombia instauró una barbarie que ha dejado memorias imborrables, de las cuales es preciso extraer aprendizajes con el fin de no repetir la maldad de la cual hemos sido objeto directa o indirectamente.

Lo anterior implica tomar conciencia y conocer, reconocer, *trans-conocer* la violencia, es decir, *ir en, a través y más allá* de los hechos, para no reducir su entendimiento a la narrativa empática, o a la noticia recortada, pues es preciso aportar *re-tejer* (entretejer-se) conjuntamente en la existencia del otro, relación que es posible llamar: reparación-restitución-reorganización.

Dicha barbarie debe ser reconocida como tal, es decir, no reducir la lógica destructiva del exceso y la sevicia al perdón semántico, que oculta tras la disculpa una clara reunión de impunidades.

¹ Psicólogo clínico. Mg. Pensamiento Complejo. Doctorado en pensamiento complejo. (México). Docente investigador y coordinador de investigación Universidad de San Buenaventura Medellín, extensión armenia, Colombia. Contacto: jose.andrade@usbmed.edu.co

Tampoco pretender que el olvido emerja como un producto necesario del devenir histórico, condenando los hechos a una memoria manipulada para disminuir el efecto devastador de las consecuencias a nivel global.

El conflicto bélico que a la fecha intenta cerrar una de sus aristas más destructivas y dolorosas en Colombia, implica dos transiciones asociadas entre sí, una que va desde la insurgencia a la colectividad política, y propone una paz-tregua, y otra que va desde la rigidez anulativa hasta la justicia transicional, es decir, a la flexibilidad con fines de un privilegio colectivo: la disminución-contención-anulación de las acciones destructivas entre Gobierno-FARC. Comprender éste proceso sin olvidar la historia de barbarie implica también, asumirla sin simplificaciones o reduccionismos, es decir, sin adulteraciones y amnesias de ningún tipo.

Dicho esto, lo que realmente importa en las acciones de reparación de las víctimas y en los procesos de paz, no es solamente el arrepentimiento real, simbólico o imaginario de los actores violentos, sino el reconocimiento individual-global de los actos de maldad y con ello, de las responsabilidades asociadas, puesto que, dicha declaración debe pasar primero por el conocimiento y la conciencia particular, grupal, colectiva y global de los actos de lesa humanidad y sus secuelas irreparables-permanentes.

Este comentario parte de la idea que la violencia es irreparable, dada su condición de inefabilidad (innombrable), no obstante, esto no implica que las víctimas estén condenadas a convivir perpetuamente en las secuelas dolorosas. De suyo, un evento que ayuda a superar la barbarie es la identificación-reclamo al otro, para reconocer su arrepentimiento, preguntarle por qué procedió de esa manera, y si es posible, tener nociones o certeza del destino de los cadáveres (para el caso de los desaparecidos), ya que las víctimas se quedan “colgadas” o en remisión de sus rituales de transición.

Para toda la sociedad debe ser importante saber las razones por las cuales ocurrieron los actos de

maldad, cómo ocurrieron y qué consecuencias tienen, tomando en cuenta que conocer esto, puede conllevar a tomar conciencia acerca de la complejidad de ésta tragedia. Éste reconocimiento se refiere a recordar y dar sentido trascendental a la memoria como instrumento, argumento, subversión, estrategia y transformación, lo que implica reconocer todas las víctimas y valorar también, en un marco humanista-antropoético y de “justicia sin amnesia”, las acciones reparatorias de los victimarios. ■